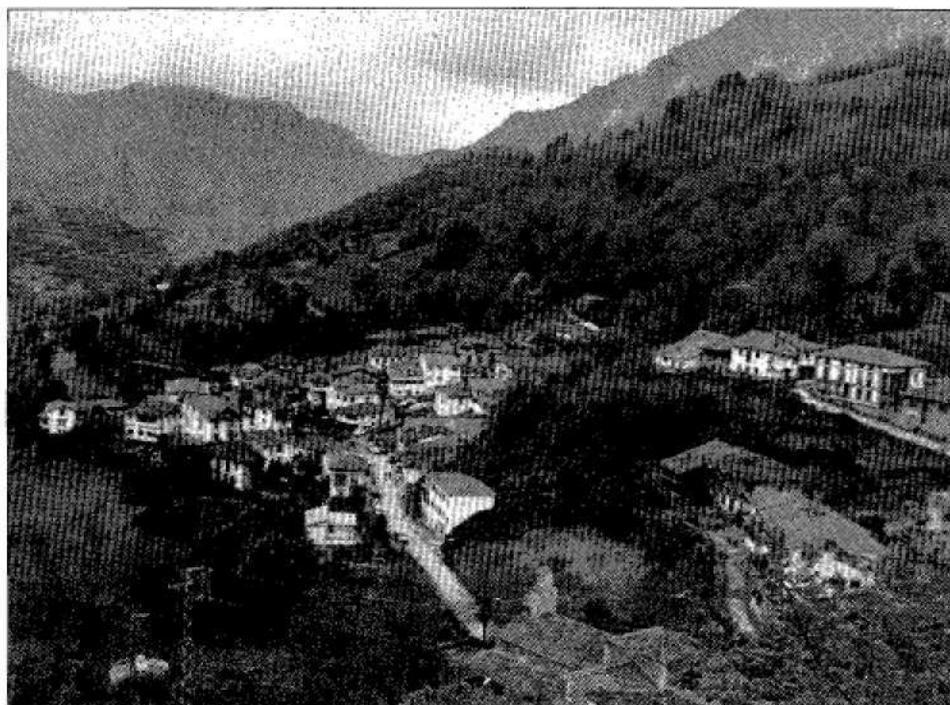


RUTAS PARA EL FIN DE SEMANA



A la izquierda, una imagen frondosa del bosque de Peloño. Sobre estas líneas, vista de San Juan de Beleño.

Peloño, el bosque con duende

El emblemático hayedo de Ponga muestra en primavera los bellos tonos pálidos de su floración

Monte Peloño (Ponga),
Francisco GARCIA

La primavera de las hayas es tenue, como el verdín intacto de sus hojas. El Monte Peloño, pulmón de Ponga, bosque autóctono y esencialmente hayedo, tiene duende, que es un «díañu» agazapado en la oquedad de los troncos más viejos. A 1.800 metros de altitud y al abrigo del cordal del Arcenorio, vecino de la sierra donde se alza la pétrea mole del empinado Tiatordos, este jardín vegetal de tintes pálidos dicta un lección magistral de botánica.

Para llegar a este bosque siempre mágico — basta con apreciar cómo deidades celtas han prestado su nombre a aldeas y poblados — hay que tomar, a la salida de San Juan de Beleño, una pista que arranca a la izquierda en dirección a La Vidosa, tal como avisa un cartel anunciador. La carretera ascendente llega hasta Los Bedules, donde es preciso decantarse por un camino empedrado que surge a la derecha. En pocos minutos, hayas frondosas y tímidos acebos anuncian el reino de Peloño, que es república de corzos y de elevados árboles.

Hay robles centenarios en Peloño, de troncos retorcidos, como si de la raíz a la cintura gruesa quisiera escapárseles el alma por las ramas. Hay laureles y espinos; y abedules y tilos; arquitecturas de madera tapizadas de musgo; ramas estrechas de las que cuelgan líquenes barbudos. Perdido el viajero en un laberinto de árboles, parece que el suelo se hunda al crujido de la seca hojarasca y que el viento se multiplique por miríadas al agitar las copas y las ramas.

El bosque está vivo, por mucho que la borrina pose ligeras túnicas, como mortaja, sobre los especímenes más altos, que en ocasiones son también más viejos. Los árboles ancianos dan cobijo, en el perímetro alargado de su sombra, a nuevos arbolitos que aprenden a beber la primavera. Sobre la alfombra vegetal crecen jarales y mostajos y despunta la planta del jacinto. Tojos y brezos colorean el ánimo del bos-



Un laberinto de árboles puebla este hayedo, en la falda del Monte Peloño.

que, mientras el viento, al que los vecinos de Los Bedules llaman «bugalés» cuando es sureste, mece las hojas de la manzanilla.

Y luego las hayas, que son miles, con sus hojas apestañadas siempre mirando al suelo, donde será su entierro en el otoño. Es sobre todo territorio de fagáceas este Monte Peloño, que como las

hayas guarda en su corazón los colores de Asturias. Monte y hayedo comparten gris y verde. Tonos grisáceos del roquedal y la corteza de las «fayas». Imprevistos verde en la alfombra del bosque y en las ramas. La pista de Peloño atraviesa al menos diez kilómetros de arboleda, donde permanecen restos de recientes

talas en forma de troncos ciclópeos que harán, en la chimenea, un chisporroteo bien vivo y calórico. Donde ya no accede el vehículo — mejor todo terreno — un camino conduce en no más de veinte minutos a la ermita de Arcenorio.

Y es justamente en las campe-

Lo básico

◆ Para comer:

En San Juan de Beleño está La Fonda de Ponga, en cuya carta destaca la sopa de cebolla e hígado, el venado, el jabalí y la chuleta al queso de los Beyos. También se degusta cocina tradicional asturiana en Sobrefoz — Casa Benigna —; en Vidosa, — Venta de Vidosa — y en Casielles — Venta La Huera —.

◆ Para dormir:

En Mestas se encuentra el hotel La Casona de Mestas, núcleo de turismo rural, con 14 habitaciones. También dispone de restaurante. También se alquilan habitaciones en La Fonda de Ponga, de San Juan de Beleño.

◆ Qué visitar:

En San Juan de Beleño, la iglesia de San Juan, que se supone asentada sobre un lugar ancestralmente dedicado a ritos celtas. Es atractivo el paisaje que se presencia en el desfiladero del río Ponga y la llegada a Sellaño. En Sobrefoz puede visitarse la casona de la Corralada y el palacio de Yano, del siglo XVIII.



A. M. / PABLO GARCIA

epopeyas asturianas dieron en instalar los campamentos de Pelayo y el descanso guerrero de sus tropas a la espera del infiel. Gobierno este lugar la ermita que cada 8 de septiembre congrega a caminantes y romeros en estas praderías que son frontera con León y gemelas de los puertos, ya castellanos, de Fonfría.